

# ***Fantasmas***

*Es entonces que la puerta se abre y el fuego se aplasta como un arbusto, retrocediendo temeroso ante el viento que llena la cabaña. Ana María entra corriendo. Sin volverme, sé que es ella y que está desnuda. Cuando la puerta vuelve a cerrarse, sin ruido, Ana María está ya en la cama de hojas esperando.*

*Despacio, con el mismo andar cauteloso con el que me acerco a mirar los pájaros de la selva, cuando se bañan en el río, camino hasta la cama. Desde arriba, sin gestos y sin hablarle, miro sus mejillas que empiezan a llenarse de sangre, las mil gotitas que le brillan en el cuerpo y se mueven con las llamas de la chimenea, los senos que parecen oscilar..."*

*El pozo, Juan Carlos Onetti*

¿Por qué se extraña usted de que no tenga voz, de que entre sin llamar -siempre en silencio-, se siente en el sillón, se levante, se pare frente a la ventana, levante los visillos, me mire, me sonría y a veces hasta me abraza? No ha de sorprenderle, pues nunca hubo palabras entre nosotros. Me refiero a palabras de verdad. La nuestra fue una relación de entendidos mudos o, si lo prefiere, de silencios interrumpidos por gestos que se estrellaban contra el aire, cascándolo en gemidos inquietantes. Algunos de aquellos gestos tenían el tañido de la cotidianidad ineludible -"llevo ya una semana aquí", "esto desembocará en una guerra", "¿qué nombre le ponemos?", "mañana me ingresan en el hospital", "¿a quién quieres que invitemos?"-, de una cotidianidad que nos acorralaba más y más contra nosotros mismos, hasta que un día anónimo seguimos pronunciando tales frases sin prestarles atención, como si se escaparan de nuestros cuerpos, unas masas de hueso y carne que ya no nos pertenecían ni siquiera a la hora del placer.

La desgracia de Antonie, si es que tuvo alguna aparte de mi cobardía, fue la mala fama. En un lugar en el que se conocen todos la mala fama es la condena a un destino, que se convierte así en una sombra enredada a las costillas de la que resulta imposible liberarse. El destino de Antonie quedó trazado a los trece o catorce años en el despacho mal cerrado del director del colegio, al que la profesora de Matemáticas penetró cuando no debía. Aquella tarde, en el sencillo acto de abrir una puerta, nació Antonie. En el director no se

operó ningún cambio significativo, a diferencia de lo que ocurriría con su pupila, cuyo rostro adquirió de golpe las formas definitivas de la madurez y cuyos ojos empezaron a acecharnos de un modo distinto, bañando cuanto tocaban en un brillo retador que antes le faltaban.

Ninguno de la pandilla se atrevió jamás a indagar qué se escondía detrás de aquel fulgor recién estrenado. Nuestras madres se alegraron lo indecible cuando un tiempo después Antonie desapareció de la barriada, y nosotros fingimos indiferencia, aunque creo que en el fondo todos deseábamos que llegara pronto noviembre para que cerraran el hotel en el que trabajaba y regresara.

— ¡Ja! ¡En un hotel! — comentaba mi madre con sarcasmo mientras hacía cola para comprar el pan.

— Seguro que haciendo camas — añadía otra mujer, madre de hijas de conducta moral intachable.

— ¡Deshaciéndolas! — remataba con risas la más original de las presentes, con el pan ya calentito en su bolso planchado y almidonado.

Antonie regresó muchos otoños. Cuántos no sé decirle, sólo que llegó un año en que los tonos amarillentos y rojizos de los árboles se convirtieron en un anuncio de su retorno. Volvía con un aire más sofisticado cada vez: chaquetas a juego con las medias y collares del color de las flores. Me daba miedo mirarla.

Los noviembre del retorno acabaron con el estallido de la guerra. Poco después de comenzar el conflicto, mientras una tarde regresaba en bicicleta a casa, me fallaron los frenos y me estrellé de bruces contra un camión. Me hice una gran brecha en la cabeza, además de magullarme un brazo y las rodillas. Antonie, que pasó por allí unos minutos después del accidente, me reconoció tumbado en el suelo y paró enseguida. Al enterarse de lo ocurrido, se ofreció a llevarme al hospital en su coche y, luego, me condujo a casa. La despedí en el portal con un gesto agradecido. Al cerrar la puerta a mis espaldas escuché el ruido que hacía el motor de su vehículo calle arriba. ¿Adónde iría?, quise saber, quiero saber aún. Unos minutos antes, sentado junto a ella, sin atreverme a mirarla de frente temeroso de que me arrastraran a la perdición las leyendas que revoloteaban a su alrededor, observé de reojo la guantera abierta de su coche, a rebosar de mapas, planos de ciudades, postales con playas irreales y folletos de ofertas vacacionales.

Nos casamos cinco meses más tarde. La tristeza de la boda fue rota tan sólo por la alegría de unas amigas dicharacheras de Antonie que tocaron la guitarra y cantaron para animar a la concurrencia, e incluso eso salió mal, pues al filo de la madrugada unas desaparecieron llevándose del brazo al invitado que les gustó y otras, aupadas por el alcohol, bailaron con algunos asistentes de forma escandalosa.

Mi madre, con notables ojeras, no cesó de llorar durante toda la ceremonia. Cuando el cura preguntó eso de si alguien tenía algo que decir que hablara o callara para siempre, la miró exclusivamente a ella, y lo hizo como si deseara fulminarla por sus hipidos insoportables. En cuanto a los demás, mi padre me dio su enhorabuena sin torcer un rictus de amargura; mis hermanos y mis parientes hicieron lo propio uno detrás de otro, al igual que la familia de Antonie.

¿Y los novios? La novia sonreía de manera automática a todos lados. Estaba pálida en extremo, hasta el punto de que en algunos momentos de la ceremonia y luego, durante el banquete, temí que se desmayara, aunque por fortuna fue lo bastante fuerte para aguantar todo aquel día y parte de la noche yendo y viniendo de un lado a otro, hablando con los camareros, organizando la distribución de los invitados, buscando habitaciones para sus amigas, etc. Yo evitaba mirarla, igual que unos meses antes en el coche, cuando el accidente, o como pocas semanas después en su casa, desnuda y ahíta de vicio en la cama. Pese a que intentaba no fijar mis ojos en ella, la vista se me iba en pos de su figura frágil enmarcada en la tela blanca.

En mis oídos resonaban las palabras de Fermín, el primero en decirme lo que todos pensaban y que luego fueron desgranando en una letanía inacabable.

— ¿Estás seguro de que es tuyo?

La tarde de aquel domingo amenazaba con no terminar nunca. Me acordé de Ivanhoe y de todos los héroes de la Literatura, pero se me enredaron en la garganta sus palabras grandes, saliéndome sólo alegatos borrachos de la mediocridad de un domingo vacío.

— ¿De quién si no, Fermín?

Fermín no respondió. Sí lo hizo al día siguiente mi madre, cuando le comuniqué que iba a ser abuela.

— ¡De cualquier otro en alguno de sus hoteles! —. Envalentonada por mi silencio, se convirtió en una fiera de la que brotaron las sospechas alentadas desde hacía años por

todas las madres del barrio —: ¿Le has preguntado de dónde ha sacado el dinero para el piso? ¿Crees que de camarera se gana tanto? ¿Sabes cuánto tardamos tu padre y yo en comprar esta casa?

Antonie, sentada en el único sillón del cuarto de estar, nos observaba con una media sonrisa irónica.

— ¿Quiere que le enseñe mis nóminas, señora? — dijo en tono desdeñoso.

No me permitió acompañarla a su casa, a la que dentro de poco sería el hogar de ambos, al humilde pisito de dos habitaciones, salón, cocina y baño en el que se iría recociendo nuestro amor de malentendidos.

Creo que ya ese día pensé que no resistiríamos juntos. Por eso no me asombró despertarme una mañana y comprobar que ya había sucedido. La había oído levantarse por la noche, pero seguí durmiendo convencido de que la causa de su desvelo fuera el bebé. Fue precisamente el llanto desatendido de la niña lo que me despabiló al amanecer. Lloraba con una pena no habitual en ella, una personita feliz a pesar de su enfermedad. Fui hasta su cuarto, la tomé en brazos, le di un resto del último biberón, le cambié los pañales y la acosté de nuevo. Sin necesidad de ir más lejos, con sólo ver el vacío que se había apoderado del piso, supe que Antonie se había marchado. ¿Pues dónde estaba su chaqueta si no en el sillón? ¿Y la novela que estaba leyendo anoche? ¿No dejaba siempre sus libros en el alféizar de la ventana? ¿O su pijama, tirado a los pies de la cuna?

Un avión voló tan bajo que los juguetes de la niña se estremecieron en la estantería. Mi desazón era tal ante el cumplimiento de la premonición que ni siquiera me pregunté adónde ni por qué se habría ido Antonie. A los hoteles seguramente, a trabajar como antes de casarse, a ahorrar para otro piso y labrarse un destino lejos de este barrio en el que le habían fabricado una vida parecida a una ratonera. ¿Por qué abandonaba a la pequeña? Que la quería es lo único que sé con certeza de mi viuda, por eso no entiendo la crueldad de no llevársela.

Me gustaría conocer su opinión al respecto, pero usted, como los demás, se empeña en obligarme a aceptar que todo eso son episodios concluidos. Y ella tampoco habla, de modo que no contesta a mis dudas, sino al contrario: las amplía en cada una de sus visitas, inflándolas con su aire de diva maltratada. Mis dudas -Antonie apoyada en el alféizar de la ventana, esperándome al borde del camino para dar juntos un paseo, llevándome del brazo al nicho de su hija y una mujer desconocida, amándome hasta dejarme exhausto después de

una orgía de mohínes pueriles o enfados bíblicos- son el pozo negro que me engullirá un día de éstos.

Si acude a sus citas, si no te olvida -me digo algunas noches-, no es por ti, es por su hija. Sorprendido, replíco: "¿Qué? ¿Tiene alguna queja?" Se la cuidé con mil esmeros, como si hubiera sido mía. A la pequeña le encantaba dormirse en mis brazos, aunque tardaba bastante en cerrar los ojos. La mañana del abandono, en cuanto logré que conciliara el sueño, salí a la calle sin medir con exactitud mis propósitos. Me tranquilizó de forma absurda el coche de Antonie en la acera de enfrente, donde ella siempre lo aparcaba al regresar de sus correterías por los alrededores. Encaminé entonces mis pasos hacia la estación para tratar de averiguar si había sido el tren el medio de transporte utilizado en su huida. Quizás el empleado pudiera darme alguna información, suponiendo que fuera el mismo de la noche.

Al llegar a la estación me quedé aturdido por el revuelo que había en el lugar ya a esa hora. Acababa de llegar un tren de mercancías, y un nutrido grupo de hombres se afanaba en descargar el contenido. Conocía a alguno de los que estaban allí. Como nada me hubiera gustado menos que entablar una conversación, escapé en dirección a la sala de espera. ¿No estaría Antonie sentada en uno de los asientos de madera sin decidirse a marchar? En la habitación, por cuyos cristales sucios se colaba la niebla de aquel día triste, sólo había una mujer mayor y un soldado. La mujer charlaba en voz baja con los ojos fijos en el suelo y apretando fuertemente la mano del soldado, su hijo sin duda. Un tren se lo llevaría dentro de poco al frente -quién sabe hasta cuándo-, y la pobre madre se afanaba en retener el tiempo hablándole sin cesar y sujetándole la mano.

Junto a la taquilla había un horario de trenes. Anoche, efectivamente, paró uno en la estación. Ése habría cogido Antonie. Iba a preguntarle al taquillero por ese tren cuando, a dos pasos de la salida, noté que me hacían señas. Era Fermín.

— ¡Cuánto madrugamos! ¿Te ha echado de la cama tu mujer?

— Sí, me ha echado. ¿Y a ti? — respondí sin entusiasmo.

Imaginé la cara de Fermín cuando le contara que Antonie había desaparecido. Otra vez su pena, su conmiseración, su "yatelodecíayo". Lo peor es que Fermín sería el primero, mas no el último. Detrás de él vendrían mis padres, mis hermanos, los demás amigos, todos los vecinos y, quién sabe, a lo mejor hasta cualquier soldadito curtido en el frente se atrevería a amonestarme.

— He venido a recoger una mercancía que ha llegado hace poco — aclaró Fermín observándome de hito en hito. Hizo una breve pausa y añadió, acompañando las palabras de una significativa mirada con la que trataba de averiguar si ya había sucedido lo que todo el mundo esperaba —: Mi mujer tiene ganas de invitaros a comer un día de éstos. ¿Puede contar con vosotros?

— Gracias, pero dile que aguarde un poco. La pequeña, ya sabes... Perdona, tengo que irme — le contesté atropelladamente, sin preocuparme ya por mantenerle oculta mi zozobra.

Cuando regresé a casa, la niña lloraba con toda la fuerza que le permitían sus débiles pulmones. ¿Acaso ésa es la razón por la que Antonie no me habla, porque dejé que el bebé llorara mientras la buscaba a ella por la ciudad? Qué tormento es verla y que no me hable. Qué angustia este tenerla y no tenerla. Qué melancolía al recordar la primera conversación en su piso cuando, incorporándose en la cama y apoyando la cabeza en el brazo, me preguntó para ahuyentar la alegría tranquila que me había traído su sexo: "¿Quién soy? ¿Sabes quién soy?" En mi cuarto del sanatorio, y en los que lo han precedido hasta ahora, permanece muda, observándome sin despegar los labios (sus hermosos labios que se acercan con intención de besarme y se desvanecen en el aire, igual que todo su rostro).

Al verla confundirse con los contornos de la habitación se me olvida el gran discurso que para dar respuesta a esa pregunta preparo cada minuto del día, cuando me traen la comida a la habitación las veces que no estoy en condiciones de bajar con los demás o cuando algún familiar viene a sacarme para dar un paseo por el parque de los alrededores. Lo que no olvido nunca son aquellas primeras palabras suyas, las únicas que me dirigió en exclusiva, también las últimas que le oí.

Eres aquella que se iba y luego retornaba con las hojas marchitas del otoño, le voy diciendo a los troncos de los árboles que me salen al encuentro durante el paseo. Hollabas las hojas marchitas, y éstas se rendían bajo tu cuerpo en un crujido invisible que sólo un elegido como yo podía percibir. A tus espaldas, tras tu paso por cualquier calle anegada de otoño, surgía una ruta de hojas derrotadas, un enigma sin posibilidades de solución porque de repente se ahogaba en un portal desconocido o al final de la acera. Me has preguntado quién eres, y no puedo quitarme del pensamiento esas palabras, los gestos que has hecho al

pronunciarlas, la forma en que has inclinado la cabeza para darme a entender que eres toda oídos, pese a que temes a la respuesta como a la misma peste.

— No me estás escuchando — me interrumpe mi hija, si es ella quien me acompaña ese día —. ¿Otra vez dándole vueltas a lo de siempre?

Caminabas con la cabeza erguida, tal si quisieras encontrar a alguien en mitad de una muchedumbre. ¿Cómo lo hacías para ignorar las miradas de aquéllos cuyos ojos terminaban resbalando por el acantilado que se abría en tu escote? Hoy eres la misma sombra, altiva e inalcanzable para los pobres mortales del barrio, sólo que entonces era la libertad anhelada por todos lo que había en tu piel, y hoy es el tiempo, la muerte, el silencio eso de tu expresión. ¡Ah! ¡Si no te hubieses detenido aquella tarde de guerra junto al ciclista derribado en el suelo, habrías continuado siendo para el resto de tus días la fuente de luz de los otoños!

— La semana que viene nada de paseos. Pido permiso para llevarte al cine.

Mi hija me sacude el brazo y me hace girar de vuelta al sanatorio. Me siento tentado de hablarle de Antonie, pero sus gestos me detienen, pues adivino en ellos que no me va a contestar y me empezará a hablar de la película del domingo próximo que veremos en la sesión de la tarde, en la primera, para que nos dé tiempo de regresar dentro del horario reglamentario.

Tras esos paseos, Antonie me espera en mi habitación, tumbada en la cama o sentada en el sillón que le pedí a mi hija de regalo en las últimas Navidades. A Antonie le gustan los sillones para apoyar sus largos brazos y no tenerlos caídos sobre el regazo. Y a mí se me antoja que es una jueza a punto de dictar sentencia. Si ese día está de malas, clava su vista acusadora en mí, cuan si me estuviera diciendo: "¿Hoy tampoco le has contado nada?" Conoce de sobra la respuesta en mis ademanes culpables al ofrecerle unas cuantas hojas secas cogidas al azar por el camino. A veces, despechada, se levanta con intención de irse para siempre. Para detenerla, le grito entre sollozos lo que desea oír: "Sí, cariño, le he dicho que no moriste, que yo te enterré para no delatarnos". Antonie sabe que no hay ni pizca de verdad en mis palabras. Abre la puerta de la habitación y se aleja por el pasillo, ligera como el humo de sus cigarros.

Entonces, en el silencio que se abre paso con su ausencia, siento una profunda inquietud, la percibo como espectro en el vacío dejado en el sillón o en la cama, mi alma se llena de pavor y corro a pedir auxilio a los celadores.

Ya sólo le hablo de ella a usted. "¿Quién es Antonie?", me ha preguntado decenas de veces. "¿Quién es Antonie?", pregunté cuando me abandonó, inasequible al desaliento, a sus parientes y a sus conocidos del barrio. Adonde quiera que me dirigía con mi pregunta a cuestras me trataban con condescendencia, me contaban un par de cosas generales -"desde pequeña le regañaban en la escuela por hacer novillos", "le encantaba viajar", "no servía para trabajar, no aguantaba las órdenes"- y me daban unas palmaditas en el hombro como todo consuelo.

— Debes rehacer tu vida, hombre. No fuiste el único que perdió a un ser querido aquella noche — apostillaban —. Piensa en tu hija.

Sentía que las lágrimas me acudían en torrente a los ojos, aunque era un llanto de impotencia, no de dolor por ser uno de los que se habían quedado sin alguien la noche aciaga del avión.

El juego empezaba al día siguiente, cuando me levantaba con el propósito de continuar indagando entre sus compañeros de colegio. Así, entablé amistad con la maestra que le enseñó las primeras letras, me convertí en cliente habitual de la peluquería en la que ella había trabajado un tiempo y acudí todas las noches a su bar preferido del barrio. En el parque, cuando llevaba a la niña a que le diera el aire si su salud así lo permitía, me acercaba a los grupos de madres en cuanto veía entre ellas a alguna antigua vecina de Antonie. Esperaba siempre con una actitud de perro fiel, les hablaba de banalidades como el tiempo, las bombas perdidas, el precio de la carne, la programación televisiva, todo con la esperanza de que la conversación derivara en Antonie. Antonie era el océano y aquellos temas estúpidos los ríos que lo alimentaban. A veces regresaba a casa con algún dato nuevo, que desplegaba por la noche con el cuidado de un tesoro precioso. Eso si la niña no lloraba y me obligaba a permanecer junto a su cuna hasta que las luces del alba le calmaban la tos y se dormía.

Desde que Antonie murió, la niña era mía. Había pasado a pertenecerme por completo gracias a un automatismo social que encerraba una magia difícil de entender. Si bien no faltaba quien me animaba a comenzar de nuevo en otro lugar. Fermín, por ejemplo, con la barriga engordándole a medida que prosperaba su negocio de comestibles, me lo pidió de mil modos.

— Sólo te tienes a ti — era su fórmula preferida.



Con todo, los que me admiraban por mi abnegación conformaban una mayoría aplastante.

— ¡Qué buen padre eres! —, decía mi madre si se levantaba por la noche y me sorprendía junto a la cama de la pequeña, vigilando sus ataques de asma.

Como usted sabe, regresé a casa de mis padres después del accidente. Me instalaron en el cuarto que había sido mío hasta casarme con Antonie y a la niña en la habitación vacía de mi hermana. En cuanto la oía suspirar por la noche, daba un salto y acudía en su ayuda. No era abnegación de padre, sino el deseo de saldar una deuda lo que me movía a comportarme así. Normalmente son los padres quienes dan la vida a sus hijos, mas en mi caso fue al revés.

La mañana en que se marchó Antonie la pequeña se puso mala, quiero decir peor de lo que estaba por lo general. Por la noche, la primera que pasábamos sin su madre, le entró una fiebre muy alta, acompañada de los ahogos propios del asma. La frente de la pobre niña se cubrió de diminutas perlas de sudor. Un jarabe que le di logró bajarle enseguida la fiebre. Casi al amanecer, su respiración continuaba siendo una penosa tortura. (¿Por dónde andaría Antonie?)

Vestí a la enfermita como hacía su madre cuando se la llevaba al parque las mañanas de sol y la saqué en el carrito a que le diera el aire fresco de la madrugada, un remedio más eficaz contra el asma que todos los jarabes del mundo. Después de dar varias vueltas sin ton ni son acabé en el parque, sumido a esa hora en un silencio completo. Pensé en todos los que en ese momento aguardarían al enemigo en las trincheras, los que no se atreverían ni a tragar saliva por temor a denunciar así su presencia.

Un zumbido semejante al de una colmena empezó a anegar poco a poco la soledad del parque, de modo inevitable, igual que el agua del huracán inunda sin compasión los campos de la cosecha. Primero fue un susurro, pero al cabo de unos segundos se convirtió en un clamor cargado de presagios tristes que amenazaba con devorar los bancos, los árboles, los setos, las veredas, el lago, los columpios, el carrito de la niña y a mí mismo. Era un avión, el de la mañana quizás, que volaba a ras de tierra. Todavía escucho algunas noches ese avión: planea sobre mi cabeza en círculos cerrados hasta que se lanza sin piedad sobre mis sienes o sobre mis ojos en una acrobacia acompañada de los colores del infierno. La niña se olvidó de su asma y comenzó a llorar, presa del terror. Tuve el tiempo justo de cogerla en brazos y apretarla fuerte contra mí. Apenas lo había hecho cuando una

luz cegadora, seguida de un estampido ensordecedor que me tiró al suelo, borró los límites de las cosas que me rodeaban.

Un silencio espeso vino a continuación, durante sólo unos instantes, ya que de inmediato comenzaron a oírse voces alarmadas por todas partes. Me llegó un intenso olor a quemado. Por algún lado se acercaban miles de sirenas. Con el bebé aún en brazos, me puse en pie y me di la vuelta. Una columna de humo se alzaba por encima de la línea de bloques colindantes con el parque.

— ¡Fuego! ¡Fuego! — oí que gritaba alguien —. ¡Todos afuera!

El parque se llenó de hombres en pijama, mujeres en camisón y chiquillos adormilados que preguntaban por lo ocurrido.

— Se ha estrellado un avión — me dijo un joven estudiante.

— ¿Un avión? ¡No es posible!

— ¿Dónde? ¿Dónde? — quiso saber una anciana con los ojos desencajados.

— Ahí, señora, en la calle... ¿Cuál es el nombre de esa calle? ¡En ésa de ahí!

Miramos hacia donde indicaba el hombre con un dedo. La anciana empezó a gritar fuera de sí.

— ¡Hija, hija! — gimió desconsolada.

Me fui abriendo camino a codazos hasta llegar al cordón montado por la policía hacía apenas unos instantes. Varios guardias impedían, además, el paso a la multitud que se había agolpado en los minutos transcurridos.

Mi bloque y el de al lado se habían convertido en gigantes envueltos en llamas. Los bomberos apuntaban sus mangueras hacia el fuego tratando de apagarlo sin éxito alguno, debido a que el incendio se extendía por momentos y ya alcanzaba a un tercer bloque, abandonado en ese instante por sus últimos moradores. La policía nos obligó a retirarnos, insistiendo en que el fuego podría expandirse todavía más y devorarnos a nosotros también. Una mujer, tal vez la misma que había preguntado en el parque, se resistía a marcharse.

— ¡Mi hija, mis nietos, mi yerno están ahí! ¡Ahí! ¡Déjenme, por favor!

— ¡Déjenme a mí también! Mi mujer está en ese bloque —me oí gritar a mí mismo, señalando con el dedo la columna de fuego —. Está ahí... quemándose...

Alguien me arrancó a la niña de los brazos, mientras yo me peleaba con los guardias, creyendo de verdad que podría salvar a Antonie de las llamas.

El entierro de mi viuda tuvo lugar con el de los demás. Asistió el presidente del Gobierno, quien nos expresó uno por unos sus condolencias. Antes, había pronunciado un solemne discurso acogido por todos los asistentes con un respetuoso silencio.

— La guerra gana víctimas no sólo en el campo de batalla. También lejos de las trincheras, en las pacíficas calles, en la cama donde duermen inocentes, se deja ver su larga mano — afirmó entre otras cosas.

No recuerdo qué más dijo el presidente. Me sentía mareado. Llevaba varios días sin apenas comer ni dormir, esperando junto a las ruinas de mi bloque a que encontraran el cuerpo de Antonie. Pese a que la mayoría de los cadáveres eran rescatados calcinados, algunos conservaban un pequeño detalle que permitía su identificación. Otras víctimas, cuya identidad resultó imposible de establecer, hubieron de ser enterradas en una fosa común.

Los restos de Antonie los hallaron la mañana del tercer día. Era un amasijo de huesos quemados, tan negros como si hubieran sido rescatados de las tinieblas.

— El anillo — le dije al forense y a dos policías que montaban guardia mientras yo y otros en mi situación identificábamos los cadáveres. Por si no entendían, repetí —: El anillo. Antonie tenía uno así.

Me refería a una alianza renegrada, la que le compré el día que nos prometimos. El guardia tomó nota, satisfecho de que se hubieran podido identificar en lo que iba de mañana a seis fiambres irreconocibles.

Desde entonces se convirtió el tiempo en una tenaza, doctor. Desde entonces, los días, lejos de avanzar, son una repetición constante de sí mismos, como si la órbita de la tierra alrededor del sol se hubiera congelado. ¿Cuándo me casé en segundas nupcias? ¿Cuándo nació mi hija? ¿Cuándo me encerraron aquí? Todo eso y otras cosas me preguntan en los tests. ¡Qué más da si fue hace dos o diez años!, contesto siempre. Ayer es la respuesta, a esas preguntas y a todos los pesares humanos. Ayer. Ahí radica nuestra liberación y nuestra condena. Lo importante es saber que la guerra ha terminado, que hasta la próxima guerra no habrá aviones militares estrellándose contra edificios civiles, que las ruinas de los bloques siniestrados se retiraron y pronto se alzaron allí otros edificios

semejantes a los destruidos. Regresé a vivir al piso, reconstruido a imagen y semejanza del antiguo, a rumiar en soledad mi pena y el deseo de Antonie.

Hasta la muerte de la niña, acaecida nada más retornar al piso como si la idea de vivir allí sin su madre le resultara insoportable, despertaban en mí de vez en cuando las ganas de saber quién era mi viuda, y eso me empujaba a pasar días enteros en la calle preguntando aquí y allá. La pequeña solía acompañarme, bien abrigada en el carro o de la mano.

— No la saques con tanto frío — me recomendaba la mujer de Fermín, si por casualidad me la encontraba por la calle.

Me afanaba en explicarle que el aire fresco era bueno para el asma, pero no me creía. Se alejaba calle abajo con una mirada de incredulidad.

El cuerpo de la pequeña fue enterrado en el nicho de su madre. Le he preguntado mil veces a Antonie si le gustó la idea y, aunque no responde, creo que ella habría hecho igual. El tiempo ya era una tenaza cuando murió la niña. No cambió nada con su ausencia definitiva, salvo que fui solo al parque, a la estación, al bar, al mercado y a todos los lugares a los que antes me había acompañado el ama del carrito.

Un día abrí los ojos y era otoño. Recordé que Antonie regresaba siempre en otoño. Me puse mi mejor traje, me ajusté el nudo de la corbata, me coloqué un pañuelo en el bolsillo, me eché por encima el abrigo y salí a buscarla. La encontré en el parque.

Koblenz, noviembre de 1999